

do en este momento por rústicos parajes, y destinadas á reflejar muy pronto palacios imperiales, grandiosos monumentos, puentes maravillosos, y á ser la vida y el alma de la espléndida ciudad de París.

De todas las imágenes que he leído en los poetas, ninguna recuerdo mas exacta que la que compara á los grandes rios con los grandes hombres, nacidos en pobre cuna, criados en oscura senda, iluminados luego por toda la luz de la gloria, moradores de alcázares y jardines, y sepultados al fin en el Océano de la eternidad, que devora á chicos y á grandes y los confunde en sus abismos misteriosos.

¡Y ved qué coincidencia! Aquí se nos presentan unidos el gran rio y el grande hombre. Estamos en *Montereau*.

Montereau es una de las últimas glorias de Napoleon I. En 1814 derrotó allí á los aliados. ¿Quién no recuerda aquella campaña en que batió cuatro ejércitos y alcanzó doce victorias en treinta días? ¿Quién no recuerda aquel supremo esfuerzo de desesperacion que costó noventa mil hombres á un enemigo tres veces mas numeroso que sus tropas, y que á él le costó el imperio á pesar de no haber sufrido un solo descalabro?

No: los aliados no le vencieron. Ellos luchaban ya contra un cadáver galvanizado. Napoleon el Grande no se vió rendido ni tuvo que retroceder sino dos veces: en España, delante de nuestros padres, y en las estepas de Rusia, delante de los rigores del invierno.—1814 y 1815 son las convulsiones del águila moribunda.

Pero hénes en *Fontainebleau*. Ved allí sus bosques y sus palacios. Verdaderamente, es una perspectiva encantadora.

¡Y cuántos recuerdos desde Luis el Joven hasta Francisco I; desde Luis XIV y la Maintenon hasta Bonaparte despidiéndose de la guardia imperial!

Allí Pio VII... Pero se marcha el tren. Supongo que estais enterados de la prision que sufrió allí aquel papa por orden del primer Napoleon...—Con que volvamos al coche.

Mas allá de Fontainebleau, hube de admirar aun el castillo de Vaux, recuerdo del infortunado Fouquet, y la graciosa posicion de la ciudad de *Melun*, tan célebre en la antigua historia de Francia.

A eso de las cinco de la tarde, y despues de pasar por un sorprendente viaducto de veinte y ocho arcos de diez metros de anchura cada uno, el paisaje llegó á un inconcebible grado de animacion y de hermosura.

Las quintas, los palacios, los jardines se sucedian ya sin interrupcion.

Los campos aparecian tan poblados como una ciudad, y eso que aun faltaban bastantes leguas hasta París.

Por todas partes no se veia mas que belleza y lujo, como en un parque real, ó como si todo el departamento del Sena fuese una finca de recreo.

¡Cómo se adivinaba la proximidad de la opulenta metrópoli, de la gran capital, de la fastuosa Lutecia!

Así, en la antigüedad, las grandiosas *villas* diseminadas por la campiña de

Roma, y de que hoy solo quedan amarillentas ruinas, anunciarian al viajero con muchas horas de anticipacion, que se acercaba á la ciudad que era entonces lo que es París en nuestra época, por mas que lo nieguen ó sientan los ingleses: la reina del universo.

El tren pasó por último al través de la recia muralla que rodea á la capital.

Mas de veinte convoyes que entraban ó salian en aquel instante, rugian ya á nuestro alrededor.

Habíamos llegado á uno de los centros mas importantes de los ferro-carriles franceses.

Yo no pudiera daros una idea del número de máquinas y coches, ni de la cantidad de rails, traviesas, carbon y otras materias que ví al paso en los inmensos almacenes que cercan la estacion. Parecíame imposible que el hombre pudiese acumular ni consumir una suma tal de productos de la tierra.

Y como siempre que contemplo semejantes espectáculos, entróme no sé qué estúpido miedo del porvenir, cual si temiese que se agotasen las minas y los bosques y que nuestros hijos se encontraran con una naturaleza esplotada, esquilmada, empobrecida por nuestros locos despilfarros.—Los economistas me han dicho que no hay nada que temer; y yo sé perfectamente que todos los gobiernos que merecen este nombre se ocupan del fomento de los montes, de las ganaderías, del arbolado y de otras cosas por el estilo con el mismo celo que de los intereses morales de la humanidad... Pero repito que mi miedo es estúpido, ó por mejor decir, instintivo, y de ninguna manera fruto de unos cálculos á que no soy dado por mi desgracia.

Continuemos.—Estamos dentro de París, y aquellos de mis lectores que no lo hayan visto (que todavía serán muchos, y con ellos solamente hablo), sentirán por conocerlo ó figurárselo, la misma viva curiosidad que yo sentia hace bastantes años en mi apartado pueblo, cuando era lector de almanaques y periódicos y maldecia las montañas que limitaban mi horizonte.—Lectores de novelas... á vosotros me dirijo... Estamos dentro de París; en el teatro donde han acontecido ó podido acontecer todas las escenas maravillosas, sentimentales, heroicas y divertidas que registran las obras de Balzac, de Dumas, de Soulie, de Eugenio Sue y de tantos otros como os han llenado la cabeza de fantasmas. ¡Estamos en París!—Seguidme, y redoblad vuestra atencion.

III.

Los boulevards.

De buena gana quisiera yo daros aquí una idea de la impresion que me produjo la gran ciudad la primera vez que la ví.

Aquella impresion es la viva, la gráfica, la reveladora...

Peró han pasado seis años muy largos y yo no la recuerdo sino pálida y dudosamente.

Consuélame y debe consolaros de tan leve desventaja, el pensar que esta vez entré en París por otro sitio (entonces llegaba de Burdeos), y que en el tiempo que ha transcurrido desde aquella fecha, media capital ha sido derribada y construida de nuevo en otra forma.

Con que vamos adelante.

La soberbia y monumental estacion en que hemos echado pié á tierra no se encuentra, como parecia natural, á las puertas de París, sino muy dentro de la poblacion, tocando á los mismos *boulevards*, que es como quien dice á la parte mas bella y clásica de la moderna Babilonia.

De aquí es que al salir de aquel edificio queda uno sorprendido agradablemente al verse en la confluencia de hermosísimas calles, amplias, uniformes, perfectamente embaldosadas; rodeado de altísimos edificios, lujosas tiendas, bellos monumentos é innumerables carruajes, y formando ya parte de la apretada muchedumbre que va y viene por todos lados, lo mismo que iría y vendria si vos no hubiérais ido ni venido.

La capital recibe como si tal cosa aquel refuerzo de mil almas que le entran por una sola puerta, mientras le estarán entrando otras diez mil por las demás: algunos besos y abrazos en francés acogen á este ó aquel viajero: los cocheros y los comisionados de los hoteles os impacientan un poco con sus proposiciones, y al cabo de un instante todo queda tranquilo. Asi desaguan los rios en la mar.

Yo tenia decidido ir á parar al *Hotel de l'Empire*, por recomendacion de mi compañero de viaje. Sin vacilar, pues, entramos en un coche y emprendimos aquel camino.

A pesar de hallarse la estacion tan dentro de París y ser la calle nueva de San Agustin, á donde nos dirigiamos, una de las mas céntricas de la capital, todavía tuvimos que recorrer una legua de calles y plazas para ir de una parte á otra.

El cochero nos llevó por todos los *boulevards*, que son la principal arteria de París.—Formamos, pues, como diria un soldado, en una masa de coches que van y vienen sin cesar por aquella importante via, y pasamos revista lo menos á doscientas mil almas que discurrían por sus anchas aceras.

Al atravesar la plaza de la Bastilla, saludé con respeto la columna de Julio, levantada en el mismo sitio que ocupó antes aquella odiosa fortaleza.

Aquel monumento resume toda la historia de Francia; las abominaciones de todas las épocas; los errores de todos los partidos. El genio de la libertad que la corona, con las alas doradas tendidas al viento, parece como que se dispone á abandonar la tierra... Pero no filosofemos todavía.

Del boulevard *Beaumarchais* entramos en el del *Temple*, de aquel en el de *San Martín*, de este en el de *San Dionisio*, luego en el de la *Bonne Nouvelle*, despues en el de la *Poissonniere*, á continuacion en el de *Montmartre*, enseguida en el de los *Italianos* y por último en el de los *Capuchinos*.

Los *boulevards*, son, como ya sabreis, la antigua ronda ó camino de circunvalacion de París. Hasta allí llegaba la ciudad. Todo lo construido al otro lado de ellos, y que es hoy su parte mas importante y lujosa, conserva por aquella razon el nombre de arrabales, (*faubourgs*). De aquí es que en los *boulevards* se encuentran todavía, aisladas y convertidas en puro adorno, muchas de las antiguas puertas de París, arcos de triunfo casi todas ellas, y que merecen conservarse por su forma monumental y por los recuerdos que despiertan al transeunte.

La estensísima calle formada por la sucesion de los *boulevards* ostenta á un lado y á otro una serie no interrumpida de tiendas, almacenes, teatros, hoteles, cafés, *restaurants* (fondas), y todo género de talleres, bazares y esposiciones. Y como el fuerte de los franceses es anunciar y exhibirse, resulta que todos aquellos establecimientos públicos se hallan mas en la calle que dentro de las casas, pudiendo decirse que los mismos surtidos sirven de muestras.

En las puertas, en los pilares que las separan, en los balcones, en todas partes veis hacinados los géneros, artísticamente colocados, llamandoos la atencion por sí mismos y no por medio de rótulos y letreros. El platero tiene toda la plata en la calle, el sastre toda su ropa, el joyero sus alhajas, el fondista sus manjares, el librero todos sus libros.

De esto hay algo ya en Madrid y en otras capitales de España; pero no de una manera tan absoluta.

En París, lo repetimos, todo es anuncio, desde el tejado hasta el sótano: todo lo encontrais hecho y al alcance de la mano, y si os descuidais, os lo hallais en el bolsillo. Con dar un paseo por los *boulevards*, vereis todo lo que ha hecho y descubierto el hombre, todo lo que puede necesitar; lo útil, lo superfluo, lo indispensable, lo caprichoso; la satisfaccion de todas las virtudes y de todos los vicios; lo preciso para el pobre; lo mas barato, lo mas económico, lo que le alimenta y viste casi de balde; y lo mas lujoso, mas bello, mas nuevo y mas raro que puede antojársele al rico.

Tambien es de notar la perfecta gradacion que se advierte en todo, cuando se recorren uno tras otro los nueve *boulevards* citados.

Cada uno de ellos parece pertenecer á una ciudad diferente, que va siendo mas opulenta y mas hermosa á medida que caminais del de *Beaumarchais* al de los *Capuchinos*.—Al principio las casas son feas; los almacenes contienen objetos usados, ropas viejas y artículos baratos; las gentes que discurren acá y allá son pobres, sucias, artesanas; los teatros de último orden; los cafés pequeños y oscuros. Avanzais, y los edificios mejoran, la poblacion es mas elegante, el comercio mas rico. Asi vais pasando de los harapos á la limpieza, de lo usado á lo nuevo, de la estameña al algodón, del hilo á la seda, del pino á la caoba, del hierro al oro, del paño al terciopelo, del omnibus al elegante cabriolé, del menestral al príncipe, del *estaminet* al café monumental, del grosero depósito al bazar aristocrático; y cuando, por una lenta progresion, llegais al boulevard *Montmartre*, os encontrais en un centro tal de lujo y de belleza, de gracia y coquetería, de ostentacion y comodidad, que no lo concibe mayor la imaginacion.

Esto nada tendria de notable si se tratase de calles diferentes. Todas las grandes ciudades se componen de barrios miserables y centros lujosísimos. Pero lo que llama aquí la atención es que sin salir de una sola calle pasais revista á todas las clases de la sociedad, á todos los estados de fortuna, á todas las capas de la multiforme poblacion parisiense, pareciéndoos que recorreis la historia de la fastuosa capital, que veis un cuadro sinóptico de sus progresos, ó que vais siguiendo la vida de un individuo nacido en la indigencia, que se eleva paso á paso al mayor grado de riqueza y poderío.

Pero hemos llegado al *hotel*.

IV.

París, metrópoli del mundo.—La plaza de la Concordia.

París, 1.º de setiembre de 1860.—(Copiado de mi cartera de viaje.)

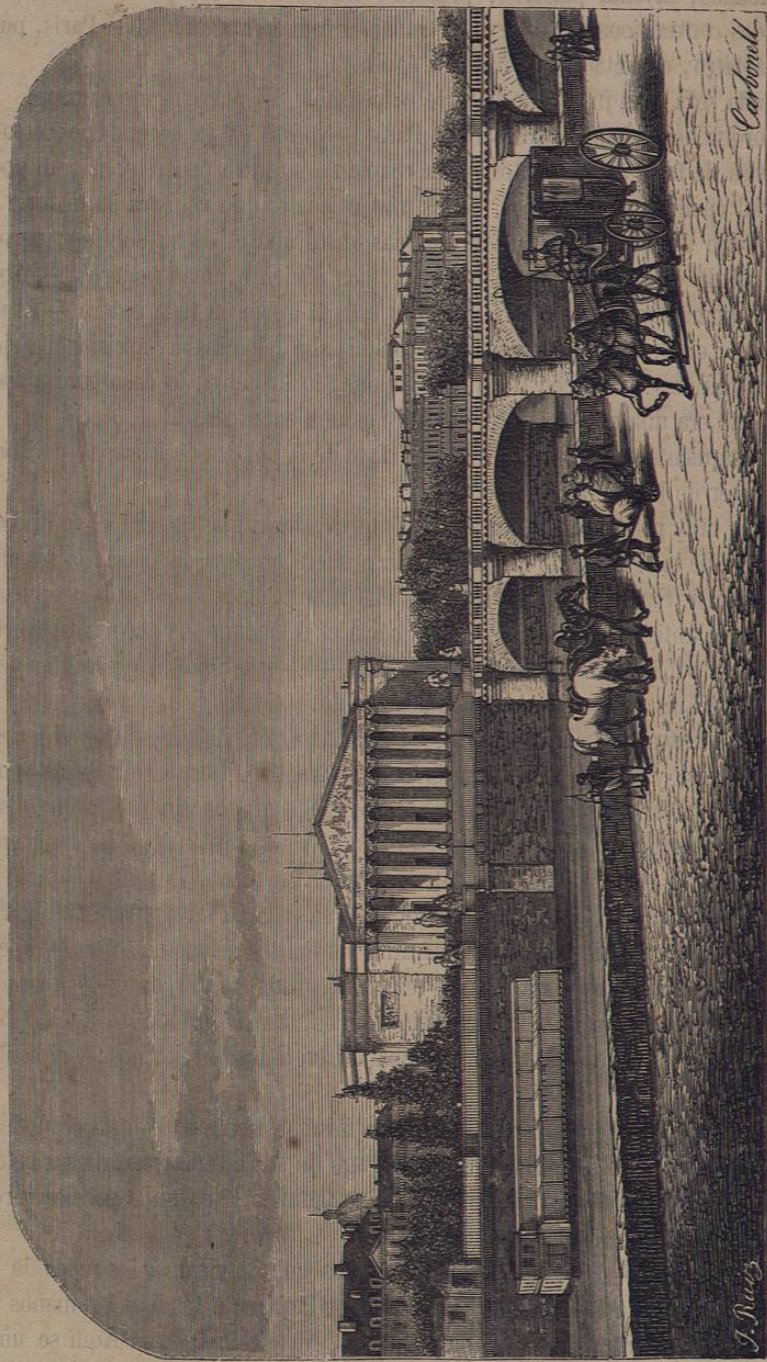
Suponiendo que la civilizacion es una gran pirámide que la humanidad ha levantado sobre la tierra, como en otro tiempo la torre de Babel (y perdonadme la vulgaridad de esta comparacion en gracia de su exactitud), podemos asegurar sin miedo de ser contradichos, que el lugar en que nos encontramos en este momento constituye la cúspide de esa pirámide, ó sea la suprema altura á que ha llegado nuestro siglo,—el mayor de los siglos... si no mienten los periódicos.

No: nadie lo negará.—Europa es la patria de la ciencia y del poder que hoy prevalecen en el planeta que habitamos: Francia es la cabeza de Europa: París es el cerebro de la Francia, y la *Plaza de la Concordia* es, como si dijéramos, el occipucio, la coronilla de París.—Nos hallamos, pues, lector amigo, en el *Chamalari* de los pueblos, en la escelsa cima, en el sumo vértice de la gran cordillera social,—cordillera en que España (repetido sea sin amargura), no se alza aun lo bastante (segun la última medicion inglesa), para ser clasificada entre las eminencias de primer órden.

Pero seamos circunspectos; que el sitio en que nos encontramos lo merece ciertamente.

Estamos, como quien dice, en el corazon de la sociedad humana, en su centro de vida, en el laboratorio de la historia contemporánea.—En torno nuestro se alzan los templos de los modernos dioses.—Estamos en la Babilonia, en la Atenas, en la Roma... bien pudiéramos decir tambien en el Escorial del siglo XIX.—París es hoy la metrópoli del universo, como lo fueron en otros dias las tres ciudades y el convento que acabo de citar.

Pekin y Lóndres son mas estensos y mas populosos que París. Pero no tienen su poder, su influencia, su fuerza de atraccion. París lo invade todo y todo se lo identifica. Es el modelo imitado por los mas remotos pueblos. Sus modas, sus costumbres y su literatura se infiltran lentamente en las cinco partes del mundo.



Cuerpo legislativo en París.

El español ó el turco que adopta los usos de Lóndres, por ejemplo, es un extravagante. El que adopta los de París es un hombre *comm'il faut*.—París se ha

3